

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

Los COMPAS

Y EL DESPERTAR DE LA MOMIA



mr
mr **mī**

1. UNA COMPLICADA DECISIÓN

-¿A dónde nos vamos de viaje? —preguntó Trolli, angustiado ante la montaña de folletos turísticos que se agolpaban delante de él.

—¿Qué os parece si nos marchamos a Tropicubo? —propuso Timba—. Hace mucho tiempo que no pisamos la playa.

Mike desechó la idea enseguida. Aquel destino de vacaciones ya lo tenía muy visto.

—No. Tropicubo es un rollo —dijo el perro mientras mordisqueaba con placer un cojín que había en el sofá—. Tú lo que quieres es pasarte todo el día durmiendo en una hamaca.

—¡Pues claro! —exclamó Timba entre bostezo y bostezo—. ¿Qué tiene eso de malo? Descansar, tomar el sol, volver a descansar, echarse una siestecita entre baño y baño. ¡No existe mejor plan en el mundo!

Al oír los argumentos de su amigo, Trolli movió la cabeza negativamente.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy con Mike. Tropicubo ya lo hemos visitado muchas veces. Propongo ir a un lugar diferente.

—Pues ya me dirás tú dónde —dijo Timba, contemplando la inmensa cantidad de catálogos que había desparra-

mados por el salón—. Yo estoy empezando a marearme con tantas opciones.

—¿Qué os parece si nos vamos al círculo polar? —sugirió Trolli.

—¡Pero si allí solo hay focas y casquetes de hielo! —dijo Mike—. No. Si quisiera ver sitios congelados, metería la cabeza en el frigorífico.



—¿Entonces qué sugieres? —preguntó su dueño.

El perro guardó silencio durante un instante para hacerse el interesante y luego dijo sonriendo con voz entusiasta:

—Propongo ir al vertedero de basura municipal que hay a las afueras de Ciudad Cubo.

—¿Vertedero de basura? —repitieron sus amigos atónitos.

—Pero ¿tú estás loco? —añadió Trolli—. ¿Para qué querría viajar alguien a un sitio como ese?

—Pues veréis, he oído decir que allí hay manjares de todo tipo: pelotas viejas, periódicos, ruedas de camión, zapatillas deshechas... ¡Pensadlo bien! ¡Se trata de un viaje gastronómico por todo lo alto y encima es gratis! Lo único que tenemos que hacer es esperar a que se haga de noche. Entonces, cuando llegue el camión de la basura...

—¡No, no, no! —exclamó Timba, rechazando la propuesta—. ¡Yo no pienso terminar en un vertedero! Prefiero quedarme en casa descansando.

Al oír las palabras de su amigo, Trolli se llevó las manos a la cabeza desesperado. Hacía más de tres horas que discutían sobre posibles destinos turísticos. Lo que había empezado como una pequeña charla se había convertido en una discusión sin fin.

—Está bien —murmuró Trolli, tratando de encontrar una solución al eterno debate—. Se me acaba de ocurrir una idea. Como no conseguimos ponernos de acuerdo, voy a traer el globo terráqueo que tengo en mi habitación y voy a hacerlo girar. El sitio que señale con el dedo será el lugar al que vayamos de vacaciones. ¿Os parece bien?

Timba y Mike asintieron a la vez. Dejar que el azar determinara dónde iban a pasar el verano sonaba divertido.

—Podríamos utilizar este método para elegir también a quién le toca fregar por la noche los platos —propuso Timba.

—Bueno, bueno. Eso ya se verá —dijo Trolli, volviendo al salón con el globo terráqueo entre las manos—. Cada cosa a su tiempo. ¿Quién quiere ser la mano inocente que lo haga girar?

—¡Yo! —pidió Mike con entusiasmo.

—Está bien. Acércate aquí y dale un empujoncito.

El perro hizo lo que le decía su dueño y al instante la esfera empezó a girar. Rápidamente, Trolli cerró los ojos y estiró la mano. Cuando la bola se detuvo, presionó un punto del mapa. Al abrir los ojos, vio que su dedo estaba posado junto a la desembocadura del río Nilo.



—Qué guay —dijo Mike, emocionado al ver lo que les había deparado la suerte—. Egipto mola mil: pirámides, esfinges, dromedarios, antiguos faraones...

—Sí —añadió Timba sonriente—. Y además es un país desértico.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Trolli, que no entendía la lógica de su amigo.

—¡Pues claro! —exclamó el Compa—. Los desiertos están llenos de arena, al igual que las playas, así que también se podrá dormir a gusto.

Al escuchar el ingenuo razonamiento de su colega, Mike y Trolli rieron, divertidos. Después, se pusieron a preparar las maletas sin perder un segundo. ¡Por fin habían conseguido ponerse de acuerdo respecto a su lugar de vacaciones! Lo mejor que podían hacer era darse prisa, no fuera que alguien cambiase de opinión en el último instante. Al cabo de media hora de preparativos, los tres Compas estuvieron listos. Trolli llamó a un taxi y en cuestión de otros treinta minutos llegaron al aeropuerto.

—¡Ahora a dormir! —exclamó Timba, recostándose sobre el asiento del avión—. ¡Es lo mejor del vuelo!

Antes de que sus colegas pudieran llevarle la contraria, el muchacho cerró los ojos y se puso a «respirar fuerte», que era la expresión que Mike y su dueño solían emplear cuando su amigo se ponía a roncar. Al cabo de unos instantes, una vez el avión hubo tomado altura, Trolli sacó la guía de Egipto que llevaba en su mochila y se puso a estudiarla detenidamente. Mike, mientras tanto, se dedicó a molestar a la tripulación de cabina cada vez que pasaban por delante de su asiento.

—¿Queda mucho para que serváis la comida? —preguntó el perro, haciéndose el desfallecido.

—Acabamos de repartirla hace cinco minutos —le comentó la empleada de la compañía aérea—. Usted se ha comido cuatro bandejas, incluida la que le hemos dejado a su acompañante, que va dormido.

—Pues a mí todavía me rugen las tripas —indicó Mike—. No tendrán por ahí algo de chocolate, ¿no?

—No. Me temo que se nos han acabado los postres.

—Bueno, pues entonces tráigame un par de rollos de papel higiénico. Con eso seguro que me quedo saciado.

Finalmente, después de cinco horas de viaje, los Compas llegaron al aeropuerto de El Cairo. En cuanto bajaron del avión, se dirigieron a la sala de desembarque y recogieron las maletas que estaban en las cintas transportadoras. Luego, se encaminaron a la calle. Nada más poner un pie fuera, una bofetada de aire caliente les golpeó la cara.

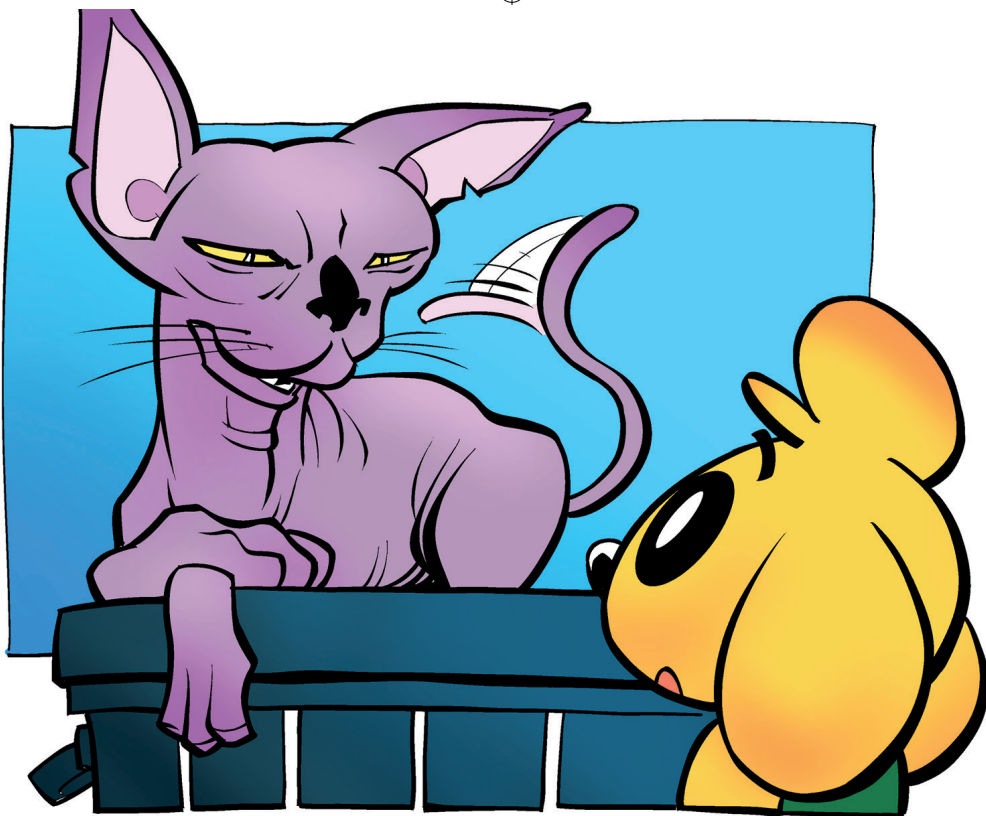
—¡Ostras! —exclamó Trolli, abanicándose con la guía—. Aquí hace más calor que en la comunión de Charmander.

—Sí. Parece que a la naturaleza se le ha roto el termostato —comentó Mike mientras jadeaba como un loco—. Mi hermoso pelo amarillo ahora mismo no resulta de mucha utilidad.

—Deberías afeitarte, como los gatos de Egipto —dijo Timba señalando un animal que estaba sentado sobre un cubo de basura y que no tenía ni un solo pelo en el cuerpo—. ¡Fíjate! ¡Van a la peluquería!

—¡Ni hablar! —exclamó el perro—. Antes prefiero morirme de calor que tener ese aspecto.

—Chicos, dejad de decir tonterías —les regañó Trolli—. Ese felino es de la raza esfinge, así que nadie lo ha depilado.



—Qué curioso —contestó Mike pensativo—. Yo pensaba que las esfinges eran criaturas mitológicas y que no existían en la vida real. ¡Cuánto aprende uno cuando viaja!

Trolli decidió pasar por alto la burrada que acababa de decir su mascota y siguió caminando hacia el centro de la ciudad. Sus dos amigos marcharon detrás de él. Al cabo de pocos minutos, los tres Compas llegaron a una gran plaza abarrotada de puestos callejeros.

—¡Mira, Trolli! —aulló Mike emocionado—. ¡Hay un montón de tenderetes con comida!

—Ya los veo —contestó su dueño con una sonrisa—, pero será mejor que no nos separemos. Aquí parece muy fácil perderse.

—¡Qué va! —exclamó el perro dando un paso hacia delante—. Solo tenemos que seguir mi olfato.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando una moto pasó a tres centímetros de su cara.

—¡Cuidado! —chilló Timba, sujetándolo del hombro—. ¡Que te atropellan!

El chico tuvo que agarrar a su amigo para que no se lo llevaran por delante.

—¡Qué susto! ¡Aquí conducen peor que en la caseta de los coches de choque de mi barrio! —protestó Mike.

—Será mejor que tengamos cuidado —sugirió Trolli—. Este lugar parece peligroso.

Timba y Mike asintieron con la cabeza, pero de nada sirvieron las precauciones. Antes de que pudieran llegar al otro lado de la plaza, los tres amigos fueron atropellados por un anciano en silla de ruedas, dos cabras cojas y un coche que no tenía espejos retrovisores.



—¡Caray! —exclamó Timba subiéndose a la acera—. Caminar por aquí es más peligroso que hacerlo por el infierno.

—Desde luego —confirmó Mike—. Pero ya no debemos tener miedo. ¡Hemos llegado a donde queríamos!

Tras decir esto, el perro se dio la vuelta y se acercó a los puestos en los que se vendían dulces, especias y todo tipo de manjares deliciosos.

—¡Un momento! —anunció Trolli con su característico sentido práctico—. Antes de dispersarnos, deberíamos fijar un punto de encuentro por si nos perdemos.

—Me temo que ya es tarde para eso —comentó Timba, señalando hacia delante—. Mike ya no te escucha.

Era cierto. Mientras el chico hablaba, su mascota se había acercado a una mesita donde vendían sandalias de cuero y se había puesto a masticar una con gran entusiasmo.

—¡Eh, tú! ¡Eso no ser para comer! —dijo una voz grave a sus espaldas.

El perro se giró rápidamente y vio que delante de él había un tendero con un considerable bigote que lo miraba enfadado.

—¡Lo siento mucho! —se apresuró a decir Trolli—. Mi mascota es muy impulsiva y le encanta masticar zapatillas olorosas. Enseguida le digo que la suelte.

—¡Ah, no! —se quejó el comerciante que llevaba un traje de tela y un sombrerito a modo de colofón sobre su reluciente calvorota—. Esto yo ya no poder vender. Babeado por todos lados. ¡Exijo una compensación!

—Está bien —dijo el chico sacando la cartera de su bolsillo—. ¿Cuánto costaban las babuchas?

—Trescientas libras —comunicó el vendedor con una gran sonrisa.



El perro lanzó un silbido de sorpresa al oír el precio.

—¡Anda ya! Estas sandalias no valen ni la mitad. Trolli, no se te ocurra pagarle. Te está timando.

—No, Mike. No me está estafando. En Egipto, las costumbres son diferentes a Ciudad Cubo —le explicó su dueño—. Aquí hay que regatear el precio.

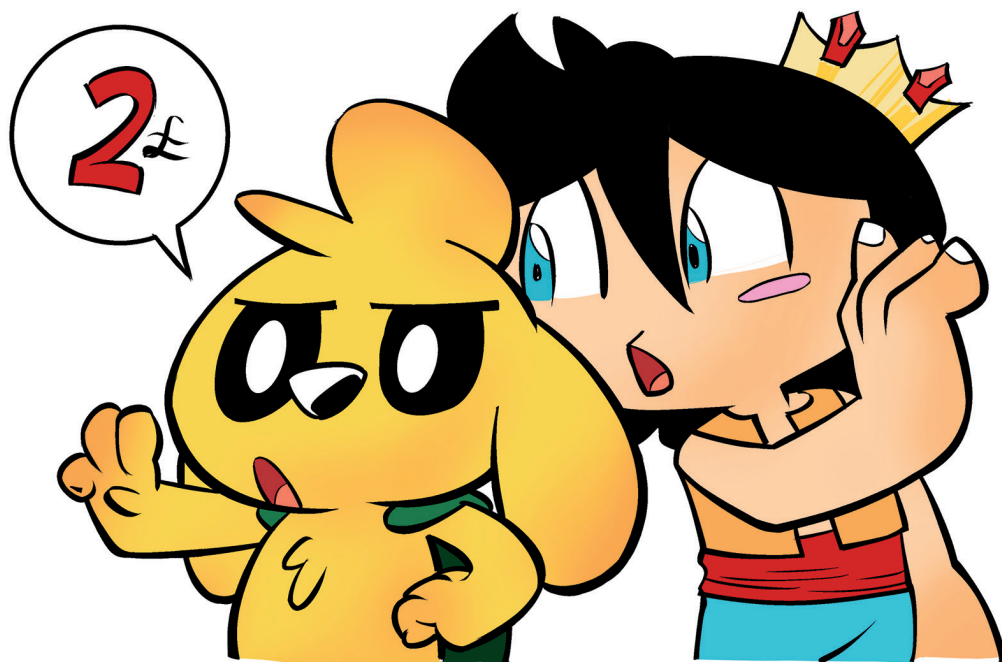
—¿Regatear? —repitió el amarillento can—. ¿Por quién me has tomado? ¿Por Lionel Fressi?

—No, hombre —dijo Trolli—. No seas burro. No me refiero a que hagas regates, sino a que negocies el precio.

—¿Te refieres a que lo baje?

—Así es. El mercader te ha dicho una cantidad muy alta. Nosotros ahora lo que tenemos que hacer es proponer un precio más bajo. De este modo, llegaremos a un punto medio.





—Ah, vale. Comprendo —dijo Mike. Acto seguido se giró hacia el vendedor—. ¿Cuánto habías dicho que costaban las babuchas?

—Trescientas libras —repitió el hombre con una sonrisa.

—Ya, claro. ¡Pues de eso, ni hablar! Yo te doy un billete de cinco y con eso vas que tiras.

El tendero, al oír la propuesta de Mike, se echó a reír.

—Ja, ja, ja, ja. Perro amarillo ser muy gracioso. Perro amarillo trabajar en el Club de la Comedia. No, gracias. Yo dejar babuchas en doscientas cincuenta libras.

—¿Doscientas cincuenta? —repitió el perro—. Sigue siendo demasiado. Te doy dos libras por ellas.

—Pero ¿cómo? —exclamó el vendedor escandalizado—. ¡Si antes me habías ofrecido cinco!

—Claro, pero es porque no me había fijado en que las sandalias estaban babeadas. ¡Ahora que me he dado cuenta, su precio ha bajado!

—¡Pero es que ha sido usted quien las ha mordido!
—Lo siento —se justificó Mike—. Ley de oferta y demanda.

—¡Usted estar burlándose de mí! —gruñó el hombre enfadado.

—Ah, no. Eso sí que no —dijo el perro muy serio—. El cliente siempre tiene la razón, así que no me venga con esas.

—Está bien —dijo el comerciante desesperado—. Yo dejar que se las lleve por dos libras siempre pero desaparecer de mi vista. Usted ser demasiado pilllo para mí.

Trolli sonrió satisfecho ante el regateo que había hecho su mascota y sacó un billete de la cartera. Luego, se lo dio al mercader.

—¡Vámonos de aquí! —le dijo a Mike—. Si nos quedamos más tiempo, seguro que acabas metiéndome en otro lío.



No había empezado a darse la vuelta cuando oyeron de nuevo la voz del comerciante.

—¡No, esperen! ¡No se vayan! ¡A mí, acabar de ocurrir una idea mejor!

El chico se dio la vuelta y observó al tendero que había dejado su puesto desatendido y se había acercado hasta ellos.

—Tú poseer animal fantástico. Yo comprártelo a ti.

—Lo siento —dijo Trolli muy serio—. Trolli no comparte a su mascota.

—No sea así, amigo mío —manifestó el mercader—. Yo hacerte mejor precio posible. Escucha, ofrezco veinte camellos por perro amarillo.



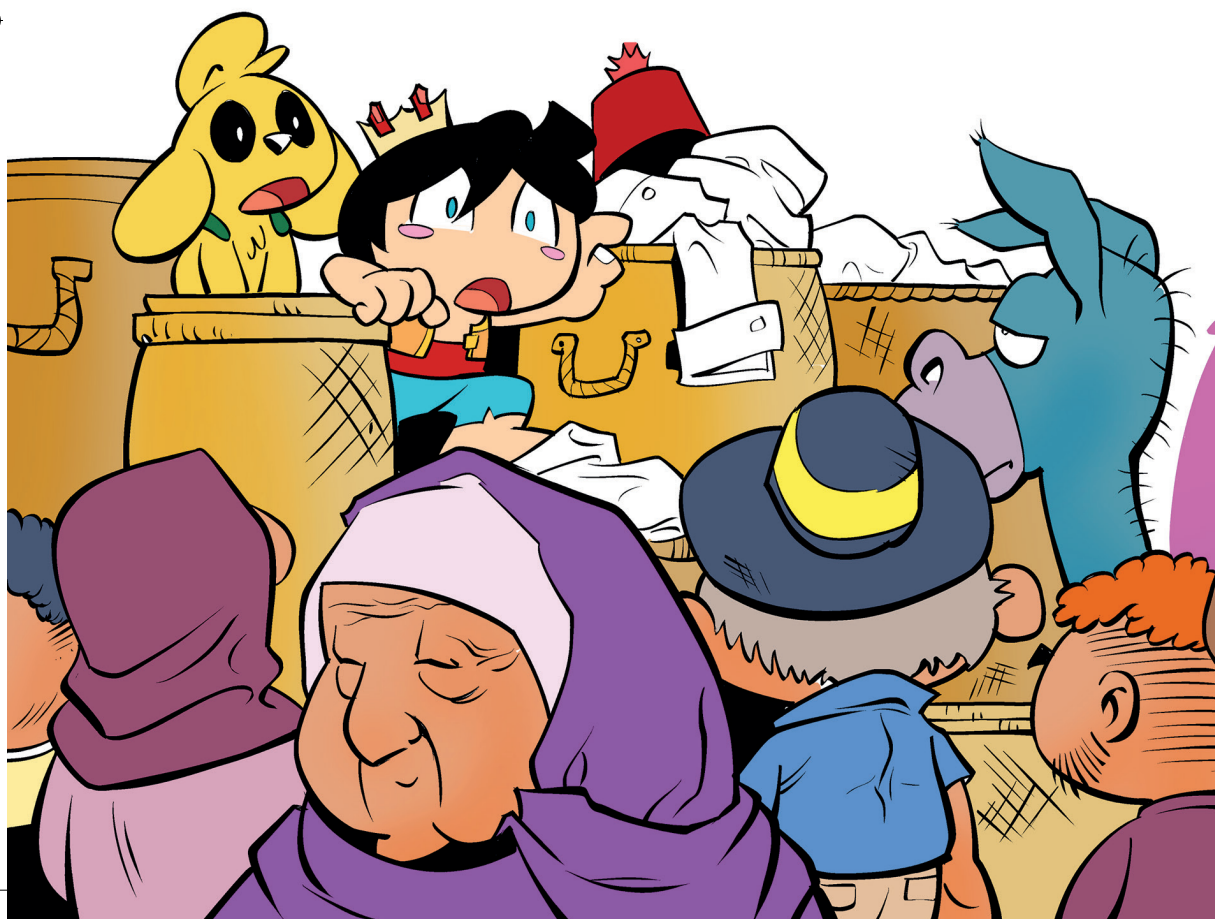
—Lo siento —volvió a decir Trolli—, pero como ya le he dicho antes, es innegociable. No pienso dar a Mike ni por todo el oro del mundo.

—Está bien —dijo el vendedor a la desesperada—. Mejoro mi oferta. Le doy veinte camellos, tres kilos de dátiles y media docena de teteras oxidadas a cambio de su bella mascota.

—Hummmmm. Eso de los tres kilos de dátiles suena interesante —murmuró Mike—. ¿No te parece, Trolli?

Pero su amigo no le escuchaba. Tenía otras cosas mucho más importantes en la cabeza.

—Me pregunto dónde estará Timba —dijo Trolli, pensando en voz alta—. Hace ya un rato que no le veo.



—Es verdad —comentó su mascota sorprendida.
Desde que habían llegado a la plaza, no habían vuelto a ver a su perezoso compañero.

—Espero que no le haya ocurrido nada malo.

—Sí, yo también —dijo Trolli preocupado—. Venga, pongámonos a buscarlo.

—No va a ser fácil —opinó el perro, mirando la inmensa cantidad de personas que se aglomeraban ante ellos—. Localizar a Timba en esta plaza va a ser más difícil que encontrar una aguja en un pajar.

Era verdad. Realmente aquello parecía una misión imposible.

